Nota di Pastorale Giovanile - Gennaio 2020 -

Rossano Sala sdb.

La idea de "sinodalidad misionera"
La necesaria conversión del "hacer para" al "ser con".

Éste es el primer número de NPG del 2020. Estamos al comienzo de la tercera década del tercer milenio. Nadie podría decir exactamente qué sucederá, tanto a nivel social como a nivel eclesial en los próximos diez años.
Se habrán dado cuenta de que en este número no hay editorial. Porque este Dossier es verdadera y propiamente un "editorial largo" que abre el decenio 2020-2030. Tiene algo de programático, que quiere abrir los próximos diez años a través de un renovado impulso que se nuclea en torno a la idea de la "sinodalidad misionera". De este modo no hacemos otra cosa que hacer nuestro el éxito del Sínodo con y para los jóvenes y relanzarlo con valentía, convencidos que se trata realmente de una clave interpretativa preciosa e irrenunciable para los años que nos esperan.
Es verdad, nos ha quedado claro que son muchas las señales que se han reunido en la década pasada y que nos llaman a la comunión, el compartir y la corresponsabilidad desde todo puntos de vista. El mundo es cada vez más una pequeña aldea donde todo está conectado y accesible. La Iglesia, viviendo en este mundo, no puede hacer otra cosa que no sea entrar en estas condiciones en el ejercicio de su misión. En la década pasada se tiraron tantos puentes y al mismo tiempo otros tantos muros se construyeron. Parece que ha llegado la hora de intentar, al menos, invertir la tendencia, siquiera partiendo de aquello que depende de nosotros: hace falta derribar muros y construir puentes.
Los jóvenes piden, a todo nivel, ser o transformarse lo antes posible en "profetas de fraternidad". Si esto no se realiza, la Iglesia en su conjunto será aún más insignificante para ellos y para todos. Éste es el motivo profundo por el que la década NPG 2020-2030 se abre con este Dossier sobre la "sinodalidad misionera". Se trata de una expresión madurada en el Sínodo de los jóvenes y bien explicada en el Documento Final: la debemos tomar en serio si queremos realmente ser fieles a nuestra vocación común, fraterna y misionera. Somos Iglesia en cuanto tenemos un solo Maestro que nos hace a todos hermanos (cf. Mt 23,8) y nos envía juntos a misionar (cf Mt 28, 16-20).
La sinodalidad misionera marca un abordaje sistémico de la realidad pastoral: no somos invitados simplemente a hacernos cargo de algún aspecto de nuestra existencia y de nuestra misión, sino que somos llamados a asumir un modo alternativo y profético de habitar el mundo y de actuar juntos como Iglesia. Los jóvenes han pedido con mucha fuerza esta conversión fraterna y misionera, donde el actuar juntos ya es signo de la presencia del Reino de Dios en medio nuestro. Porque es en el mismo camino hecho juntos que se sana, que se convierte, como lo ha afirmado el papa Francisco en la homilía del pasado 13 de octubre de 2019, comentando el pasaje evangélico de la curación de los diez leprosos (Lc 17, 11-19):
"En el breve evangelio de hoy aparece una decena de verbos de movimiento. Pero, sobre todo, impacta el hecho de que los leprosos no se curan cuando están delante de Jesús, sino después, al caminar: «Mientras iban de camino, quedaron limpios», dice el Evangelio (v. 14). Se curan al ir a Jerusalén, es decir, cuando afrontan un camino en subida. Somos purificados en el camino de la vida, un camino que a menudo es en subida, porque conduce hacia lo alto. La fe requiere un camino, una salida, hace milagros si salimos de nuestras certezas acomodadas, si dejamos nuestros puertos seguros, nuestros nidos confortables. La fe aumenta con el don y crece con el riesgo. La fe avanza cuando vamos equipados de la confianza en Dios. La fe se abre camino a través de pasos humildes y concretos, como humildes y concretos fueron el camino de los leprosos y el baño en el río Jordán de Naamán (cf. 2 Re 5,14-17). También es así para nosotros: avanzamos en la fe con el amor humilde y concreto, con la paciencia cotidiana, invocando a Jesús y siguiendo hacia adelante.Hay otro aspecto interesante en el camino de los leprosos: avanzan

j*untos. «Iban» y «quedaron limpios», dice el evangelio (v. 14), siempre en plural: la fe es también caminar juntos, nunca solos".*

Es el camino compartido el que convierte, que hace cambiar nuestro punto de vista y que invita a asumir con fuerza la dimensión comunitaria de la fe como fuente de vida y criterio de verdad. En Sínodo nos hemos acompañado mutuamente jóvenes y adultos, iglesias particulares e iglesia universal. Y esto es lo que ha llevado a ver las cosas de un modo nuevo. Me parece que hay que repartir desde aquí.
Se necesitará paciencia, coraje y prudencia para ser y transformarse de veras en una Iglesia sinodal para la misión. Por ello, el subtítulo del presente Dossier habla de "caminos de conversión espiritual, formativo y pastoral". El orden no es casual: se parte de nuestro corazón, de nuestra interioridad porque allí, -en nuestro espíritu- , se juega la verdadera conversión. Si no se llega a la conciencia y a la libertad no se toca verdaderamente lo humano en su punto más auténtico. Por lo tanto, se parte de la conversión espiritual. Y luego se llega a la formación, porque debemos formarnos para la sinodalidad misionera, que no se puede improvisar: aprender a trabajar habitualmente en equipo; ejercitar aquella capacidad empática de escucha tan necesaria hoy; vivir la disciplina del vivir y trabajar juntos; repensar la Iglesia como el lugar de un fecundo intercambio de dones; entrar en la lógica del perdón y de la corrección fraterna; poner en el centro la vida fraterna: La pastoral en conjunto está llamada, entonces, a ser una expresión concreta de un modo de "ser con" los jóvenes más que un "hacer para" los jóvenes.
Siguen ahora algunas ideas de fondo que podrán acompañar y preparar la lectura de la parte central de este Dossier -el artículo de Nathalie Becquart, anteriormente responsable del servicio de evangelización y animación vocacional de la Conferencia Episcopal Francesa, auditora en el Sínodo y consultora de la Secretaría del Sínodo- que nos ayuda a entrar en aquel modo de vivir y caminar juntos que ha caracterizado todo el proceso sinodal.

La enseñanza del camino sinodal

Lo que sucedió en el trienio 2016-2019 no puede y no debe pasar como si nada. ¿Qué nos enseñó este camino? "Enseñar" significa "dejar una señal": si de veras en el Sínodo sucedió algo significativo debe dejar una marca. Y si un Sínodo no deja una marca y no marca, significa que ha sido insignificante. Todo Sínodo debería ser una llamada y una ayuda a la conversión de la Iglesia a su identidad y a su auténtica misión.
De aquello que pude experimentar, para nosotros que estamos dedicados a la pastoral juvenil me parece que la enseñanza de fondo de este Sínodo ordinario sobre los jóvenes ha sido ésta: la cuestión de los jóvenes no es un tema de la pastoral juvenil sino de la Iglesia en cuanto tal. Los jóvenes han desafiado el rostro de la Iglesia en su conjunto. En este sentido la pastoral de los jóvenes -tanto a nivel de práctica como en su reflexión- no puede ser sino un laboratorio permanente de la pastoral de la Iglesia y para la Iglesia. Le va en ello su presente y su futuro. Porque, en este cambio de época, hacer pastoral juvenil significa más que nunca frecuentar el futuro de la Iglesia, más allá que el de la sociedad. Tal y como sugería el papa Francisco en un pasaje cargado de significado de su discurso del 3 de octubre de 2018, primer día de la Asamblea sinodal:
"Comprometámonos a procurar «frecuentar el futuro», y a que salga de este Sínodo no sólo un documento –que generalmente es leído por pocos y criticado por muchos–, sino sobre todo propuestas pastorales concretas, capaces de llevar a cabo la tarea del propio Sínodo, que es la de hacer que germinen sueños, suscitar profecías y visiones, hacer florecer esperanzas, estimular la confianza, vendar heridas, entretejer relaciones, resucitar una aurora de esperanza, aprender unos de otros, y crear un

imaginario positivo que ilumine las mentes, enardezca los corazones, dé fuerza a las manos, e inspire a los jóvenes –a todos los jóvenes, sin excepción– la visión de un futuro lleno de la alegría del evangelio".

Este deseo de frecuentar el futuro lo respiramos en los tres años de trabajo sinodal. No se puede hablar de este Sínodo sin hablar de adultos, de liturgia, de catequesis y de caridad; no se puede tomar en serio aquello que aconteció sin poner en discusión el trabajo por Secretariados Diocesanos (Uffici) que tantas veces caracteriza la fragmentación de la pastoral; no se puede no pensar críticamente la relación entre vida cotidiana y eventos aislados de pastoral; no es posible imaginar una pastoral juvenil que no asuma la clave vocacional como su centro prospectivo, sin olvidar su índole popular; sobre todo no callar los pedidos de los jóvenes acerca de la transparencia eclesial en los hechos de abuso de todo tipo y la consecuente llamada a la santidad que debe ser redescubierta en toda su fuerza propulsiva.

No sé en qué medida la pastoral juvenil en su estructura actual está lista para ponerse en juego en una pastoral de conjunto, saliendo de un cierto aislamiento y especialización que ha vivido en las décadas precedentes y que corre el riesgo de vivir todavía en estas décadas de inicio del nuevo milenio. Para nosotros es fuerte la llamada a salir de un estilo demasiado condescendiente de tipo "posmoderno" que busca un evento después del otro para asumir con convicción una pastoral del acompañamiento educativo, que en el fondo es el único presupuesto acorde a un anuncio cristiano que se enraice en la cotidianeidad.

Tampoco sé en qué medida la iglesia en cuanto tal está lista a dejarse desafiar por la pastoral juvenil y sobre todo por los jóvenes mismos, que en estos últimos tres años han sido tan respetuosos al llevarnos a repensar la pastoral de la Iglesia en un modo nuevo, entrando en el cambio de época que estamos viviendo con el corazón y la mente renovados.

Las raíces y la meta de la sinodalidad misionera

¿De dónde nace el tema de la sinodalidad para la misión? La respuesta es clara y unívoca: es el fruto madura de la Asamblea sinodal. Efectivamente, si se retoma el Instrumentum Laboris del Sínodo, allí estaba la pregunta acerca de la forma más adecuada de la Iglesia no sólo para los jóvenes del IIIer milenio sino también para el mundo en el que vivimos. La respuesta a este llamado ha hecho emerger esta idea sobre el ser de la Iglesia, aún antes que sobre su hacer. Mira su rostro, sus mecanismos de funcionamiento externos e internos. Es interesante que en el Sínodo, con la ayuda de los jóvenes, se haya pasado de una perspectiva de la "opción preferencial por los jóvenes" -auspiciada sobre todo por la Iglesia latinoamericana- a ésta de la "sinodalidad misionera" -no auspiciada por ninguno en particular y surgida como novedad del Espíritu que habla a la Iglesia. Si lo analizamos bien, la primera perspectiva no pone en discusión el sujeto Iglesia, en tanto que la segunda pone su atención exactamente sobre el rostro de la Iglesia. Si realmente la pastoralidad se caracteriza por tres dinámicas que deben interactuar en forma siempre nueva -el Evangelio del Reino, los destinatarios del anuncio y la forma de la Iglesia- el Sínodo ha querido poner su propio acelerador sobre este último aspecto, que realiza la unidad entre el primero y el segundo. Efectivamente es éste el punto débil sobre el cual el Concilio Vaticano II aún debe encontrar su realización específica. Si miramos

alrededor, acerca de la forma de la Iglesia en el mundo, nos encontramos con discusiones a nivel intra eclesial vivas y vivaces, incluso algunas veces poco respetuosas y en clara falta de escucha de las respectivas razones que llevan a sostener las propias visiones.
Está claro: la sinodalidad misionera viene de una Asamblea sinodal en escucha del Espíritu que ha enfocado en que los jóvenes -destinatarios y protagonistas del anuncio- y el Evangelio -el Reino misteriosamente presente en los pliegues de esta humanidad- no son la cuestión número uno. Ésa sigue siendo , en el inicio del IIIer milenio, la llamada a ser una Iglesia sinodal para la misión.
¿Cuál es la meta de esta sinodalidad misionera? Dejo la palabra al papa Francisco que, de modo muy lúcido extraía la síntesis de un mes completo de trabajo. El día final de la Asamblea Sinodal, el 28 de octubre de 2018, durante el Angelus a continuación de la espléndida celebración de clausura del Sínodo, lo expresó de este modo:
"Los frutos de este trabajo ya están fermentando, como hace el zumo de la uva en los barriles tras la vendimia. El Sínodo de los jóvenes ha sido una buena vendimia y promete buen vino. Pero quisiera decir que el primer fruto de esta Asamblea sinodal debe estar precisamente en el ejemplo del método que se ha intentado seguir desde la fase preparatoria. Un estilo sinodal que no tiene como objetivo principal la elaboración de un documento, aunque sea precioso y útil. Más importante que el documento es, sin embargo, que se difunda un modo de ser y de trabajar juntos jóvenes y ancianos, en la escucha y en el discernimiento para llegar a elecciones pastorales que respondan a la realidad"
Un modo de vivir y trabajar juntos que hace la diferencia. Ésta es la meta que tenemos que alcanzar: aquella profecía de fraternidad que marca la diferencia entre el mundo y los discípulos del Señor. Y si esta diferencia no se nota, significa que somos una Iglesia aguada, una Iglesia mundanizada, una Iglesia que ha perdido su verdadera esencia.

La transformación de la pregunta sinodal

Durante el recorrido sinodal hemos vivido una verdadera y auténtica conversión alrededor de la pregunta a la que debíamos responder. En los primeros diálogos del camino todos teníamos en el corazón más o menos esta perspectiva de pensamiento y de acción, relacionada a lo que debíamos hacer: ¿Qué tenemos que hacer por los jóvenes?. Era la pregunta de quien ve a los jóvenes perdidos, confundidos, fragmentados, arrastrados y manipulados. Era la pregunta de quien con honestidad y dedicación quieren realmente darse en la tarea para ellos: educarlos con paciencia, ayudarlos a discernir, no abandonarlos en los peligros, animarlos a hacer elecciones valientes, sostenerlos en la lucha por un mundo distinto. Todo bueno y verdadero evidentemente, pero sin embargo, la perspectiva de conjunto no era del todo correcta. Esta pregunta traicionaba un "hacer por" que se metía en una cierta posición de superioridad unilateral. "Tenemos algo que ellos no tienen y que estamos llamados a darles", ésta era -un poco- la premisa.
Poco a poco la pregunta se transformó. Paso a paso llegamos a esta otra pregunta:"¿Quienes estamos llamados a ser con los jóvenes?". No es poca cosa, si lo pensamos bien. En primer lugar es un pasaje del hacer al ser. Se trata de ser discípulos del Señor, y no de jugar a hacer de profetas sin poner la cara: el ser refiere a un testimonio antes que a una palabra, a una sustancia vivida antes que a una praxis pastoral que hay que aplicar en el campo, a una vida buena antes que a una palabra buena. Se trata de ser como Iglesia, "la juventud del mundo", y no de jugar el triste juego del "juvenilismo" que hace que a los jóvenes les falte la tierra bajo sus piés,; se trata

de ser adultos como se debe y no personas adulteradas, incapaces de pararse frente a los jóvenes de una manera madura.
Luego está el pasaje del "por los jóvenes" al "con los jóvenes". Comprendo el deseo de ayudar a los jóvenes, la pasión por ellos y el honesto despliegue de tiempo y energías eclesiales y políticas para ellos. Pero sin su íntimo compromiso y la necesaria confianza que les debemos no iremos muy lejos. No es un "protagonismo" banal lo que los jóvenes han pedido, me parece, no se han puesto en el centro de la escena. Es más un deber de la Iglesia hacer a los jóvenes corresponsables de la misión con todos nosotros. Los grandes del Espíritu que han trabajado por los jóvenes han comenzado por tenerles confianza, los han considerado compañeros de viaje y no pasivos destinatarios a los que había que llevar a algún lugar. Han enseñado a los jóvenes a tomar conciencia de sus talentos y a arriesgar con coraje en la entrega por el bien de los otros. Los han invitado a hacerse cargo de su existencia, a pensarse como libertad viviente que deben decidirse por el bien y hacerlo, cueste lo que cueste. Los han tratado como auténticos sujetos: amados por Dios y , por ello, llamados a entrar en alianza con Él para un servicio y una generosidad para con aquellos que han recibido menos en la vida. Este cambio de perspectiva nos invita a entrar en la dimensión vocacional de la existencia, a pensar la pastoral juvenil en clave vocacional. Los jóvenes, en cuanto creaturas y en cuanto bautizados, tienen una dignidad que no se puede dejar de lado, sino que debe ser reconocida, apreciada y valorada. El tema del discernimiento vocacional, que en las primeras charlas sinodales, corría el riesgo de caer en una deriva individualista, se ensanchó reconociendo a la comunidad eclesial como el ámbito propio del discernimiento y del compromiso por un mundo mejor.
En esta transformación de la pregunta -se hace posible en el momento en el que nos dejamos conducir por el Espíritu- estamos invitados a ser menos una Iglesia que hace tantas cosas por los otros de un modo a veces obsesivo-compulsivo, y más una Iglesia capaz de ser con las personas, felices de perder el tiempo y de crecer caminando juntos. También, por qué no, quedarnos en la compañía simple, alegre y serena de Dios, disfrutando de aquella "fruitio Dei" que puede rejuvenecer la Iglesia y hacerla gustar de nuevo la alegría del Evangelio.

La necesidad de entrar en ritmo de "sinodalidad misionera"

Los jóvenes, en síntesis, nos han ayudado a reabrir el fascículo de la sinodalidad, que en tantos sentidos no es otra cosa que hacerse cargo de la profecía del Concilio Vaticano II. La sinodalidad, si lo pensamos bien, es un juego de tres. Lo dice muy bien la nota explicativa sobre "sinodalidad misionera" -se trata de la única nota de todo el Documento Final- insertada exactamente para aclarar que cuando se habla de sinodalidad no estamos promoviendo una versión democrática de la Iglesia ni mucho menos cediendo sobre el tema de la autoridad en la Iglesia. Es verdad, por otra parte, en positivo, que la sinodalidad pone sobre el tapete una visión auténtica de la Iglesia como "pueblo de Dios" llamado a una "comunión en clave misionera". La nota al texto profundiza la cita de un muy reciente documento sobre la sinodalidad (Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y la misión de la iglesia,* 2 de marzo de 2018, nro. 9) contenida en el nro. 118 del Documento Final ("La puesta en acto de una Iglesia sinodal es el presupuesto indispensable para un nuevo impulso misionero que comprometa a todo el Pueblo de Dios"). Aquí *el texto completo de esa nota:*
"El documento también ilustra la naturaleza de la sinodalidad en estos términos: «La dimensión sinodal de la Iglesia expresa el carácter de sujeto activo de todos los Bautizados y al mismo tiempo el rol específico del ministerio episcopal en comunión colegial y jerárquica con el Obispo de Roma. Esta visión eclesiológica invita a desplegar la comunión sinodal entre "todos", "algunos" y "uno". En diversos niveles y de diversas formas, en el plano de las Iglesias particulares, sobre el de su agrupación en nivel regional y sobre el de la Iglesia universal, la sinodalidad implica el ejercicio del sensus fidei de la universitas fidelium (todos), el ministerio de guía del colegio de los

Obispos, cada uno con su presbiterio (algunos), y el ministerio de unidad del Obispo y del Papa (uno). Resultan así conjugados, en la dinámica sinodal, el aspecto comunitario que incluye a todo el Pueblo de Dios, la dimensión colegial relativa al ejercicio del ministerio episcopal y el ministerio primacial del Obispo de Roma. Esta correlación promueve la singularis conspiratio entre los fieles y los Pastores que es icono de la eterna conspiratio vivida en la Santísima Trinidad»
*(*Comisión Teológica Internacional*, La sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia,* 2 de marzo de 2018 nro. 64).

Aquí vemos el juego de tres: y todos, es decir los miembros del pueblo de Dios que han recibido el don del Espíritu; algunos tendrán la colegialidad episcopal, aquellos que son llamados al servicio de la autoridad en la Iglesia particular; y el uno, el sucesor de Pedro, llamado a ejercitar una presidencia en la caridad para el bien de todos y cada uno. Si observamos los tres sujetos interesados, podemos evidenciar con claridad cómo los tres Documentos principales producidos durante el camino sinodal que aportan tres puntos de vista diversos que remiten a una unidad superior que no es reductible a su mera sumatoria.
Es evidente que el Instrumentum laboris, fruto de una escucha de dos años del pueblo de Dios -con una particular y lógica preeminencia del mundo juvenil- nos brinda una plataforma amplia y articulada de una Iglesia que ha tratado no sólo de ponerse a la escucha, sino sobre todo de dar la palabra a todos. De este modo, todo el pueblo de Dios, sin excluir a ninguno, ha hecho sentir su voz.
Por otra parte es evidente que el Documento Final tiene como primeros autores, a “algunos”, esto es el Colegio Episcopal. Es verdad que había jóvenes auditores y otros representantes, pero el Sínodo -coherentemente con su institución en 1965- es, sobre todo, “Sínodo de los Obispos”, donde “algunos” fueron protagonistas y han ofrecido su específico punto de vida de pastores.
No se puede negar, finalmente, la singularidad de la Exhortación Apostólica postsinodal Christus Vivit, fruto de la sensibilidad propia del papa Francisco, que justamente tira de los hilos y exhorta a la Iglesia universal a caminar, indicando caminos y exhortando a no cansarse de hacer el bien. Es el “uno”, un hombre de carne y hueso, con su origen cultural y eclesial, que ha repasado el camino recorrido y lo ha reflexionado, relanzándolo de un modo personal.
Estos tres puntos de vista deben mantenerse en una tensión fecunda y fructífera. Tomar en cuenta esta diversidad en la óptica del intercambio de dones significa apropiarse de la “sinodalidad misionera” de un modo consciente y responsable. Ninguno de estos tres textos es reductible o asimilable a los otros: es más bien el vagón de un tren que, para ser tren, tiene necesidad de los otros vagones.

Avancemos con coraje y convicción

Es sabido que uno de los discursos programáticos de Francisco que ha sido citado en el Documento Final del Sínodo, es el Discurso por la conmemoración del 50° aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos del 17 de octubre de 2015. Son pocas páginas que convendría tener a la vista porque son indicaciones de futuro que se presentan como un pequeño timón que nos orienta no sólo para los próximos años, sino para todo un milenio:

“Desde el inicio de mi ministerio como Obispo de Roma he pretendido valorizar el Sínodo, que constituye una de las herencias más preciosas de la última reunión conciliar. Para el beato Pablo VI, el Sínodo de los Obispos debía volver a proponer la imagen del Concilio ecuménico y reflexionar sobre su espíritu y el método[...] Debemos proseguir por este camino. El mundo en el que vivimos, y que estamos llamados a amar y servir también en sus contradicciones, exige de la Iglesia el fortalecimiento de las sinergias en todos los ámbitos de su misión. Precisamente el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”

Discurso programático, decía, del que tenemos que volver a empezar. Allí se dice que la sinodalidad es el elemento constitutivo de la Iglesia y que su forma debe ser la de una "pirámide invertida". Dice también que la autoridad debe ser condición y espacio para la escucha y la expresión de todos -¡en primer lugar escucha del Espíritu Santo!- lo que garantiza libertad para todos. Al menos algunos pasajes deben ser escuchados completos, porque cada comentario se arriesgaría a disminuir su frescura y estilo propositivo:

"Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, con la conciencia de que escuchar «es más que oír». Es una escucha recíproca en la cual cada uno tiene algo que aprender. Pueblo fiel, colegio episcopal, Obispo de Roma: uno en escucha de los otros; y todos en escucha del Espíritu Santo, el «Espíritu de verdad» (Jn 14,17), para conocer lo que él «dice a las Iglesias» (Ap 2,7)

[...] La sinodalidad, como dimensión constitutiva de la Iglesia, nos ofrece el marco interpretativo más adecuado para comprender el mismo ministerio jerárquico. Si comprendemos que, como dice san Juan Crisóstomo, «Iglesia y Sínodo son sinónimos» —porque la Iglesia no es otra cosa que el «caminar juntos» de la grey de Dios por los senderos de la historia que sale al encuentro de Cristo el Señor— entendemos también que en su interior nadie puede ser «elevado» por encima de los demás. Al contrario, en la Iglesia es necesario que alguno «se abaje» para ponerse al servicio de los hermanos a lo largo del camino.

Jesús ha constituido la Iglesia poniendo en su cumbre al Colegio apostólico, en el que el apóstol Pedro es la «roca» (cf. Mt 16,18), aquel que debe «confirmar» a los hermanos en la fe (cf. Lc 22,32). Pero en esta Iglesia, como en una pirámide invertida, la cima se encuentra por debajo de la base. Por eso, quienes ejercen la autoridad se llaman «ministros»: porque, según el significado originario de la palabra, son los más pequeños de todos. Cada Obispo, sirviendo al Pueblo de Dios, llega a ser para la porción de la grey que le ha sido encomendada, vicarius Christi, vicario de Jesús, quien en la Última Cena se inclinó para lavar los pies de los apóstoles (cf. Jn 13,1-15). Y, en un horizonte semejante, el mismo Sucesor de Pedro es el servus servorum Dei".

La dirección sólo puede ser esta , porque el mismo camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del IIIer milenio. Así dice este discurso programático del papa Francisco, retomado en el Documento Final nro. 118. Estamos apenas al comienzo, no nos asustemos, ¡tenemos todavía cerca de 980 años por delante para transformarnos en una Iglesia verdaderamente sinodal y para la misión! Se necesitará una "conversión espiritual, pastoral y misionera", como bien dice el título de aquel número 118 del DF. Se necesitará paciencia y prudencia, determinación y coraje. Se podrá avanzar y retroceder, caer y levantarse, pero la orientación se mantiene clara, porque es un pedido de Dios que no podemos esconder más.

Una conversión que involucra a todos y cada uno

Viendo el itinerario que estamos llamados a recorrer, nos surge espontánea la pregunta: "¿Estamos listos para el giro sinodal en la Iglesia?". Evidentemente, no es fácil de responder, pero se puede esbozar algo y, sobre todo, dejar abierta esta pregunta, que está dirigida a todos nosotros porque nos promueve esa "sana inquietud" que nos mantiene sensibles al Espíritu y atentos a nuestro tiempo. Hago referencia tanto a la experiencia personal como a la objetividad de la votación del Documento Final del 27 de octubre de 2018.

En primer lugar, mi experiencia personal en el Sinodo el que tuve el don de participar como Secretario Especial. En el discernimiento sinodal del mes de octubre de 2018 "la sinodalidad misionera" no surgió sola. No fue algo inmediato (re) encontrarla como piedra de toque por parte del grupo de los expertos que tuvieron el difícil encargo de hacer síntesis de las intervenciones en

el aula de todos los Padres sinodales y de todos los auditores (en total alrededor de 350 personas), de los 14 círculos menores que trabajaron en 3 sesiones (en total produjeron 42 contribuciones de distinto tipo) y de las discusiones libres al finalizar cada jornada de trabajo. Estaba presente un poco por todas partes e incluso estaba mimetizada. Tenía una presencia fuerte y discreta y tuvimos que hacerla salir a la luz para individualizarla con claridad. Ha sido un verdadero trabajo de discernimiento en el Espíritu.

Cuando se presentó la primera versión del Documento final, la "sinodalidad misionera" tuvo intervenciones en su favor y en su contra, incluso si al final resistió bien a los ataques y quedó fortalecida a lo largo del camino de la Asamblea sinodal. En este tema asistimos -hasta en los últimos días- a las intervenciones más iluminadas, aplaudidas, emocionantes y apasionadas. Hemos visto a la Asamblea de los Obispos, de pié conmovida frente a algunas palabras proféticas que realmente anticiparon y frecuentaron el futuro que todos soñamos. Incluso fuimos testigos de algunas cerrazones y críticas. A veces debidas a incomprensiones terminológicas y a diferencias culturales y contextuales más que comprensibles, otras a auténticas resistencias al Espíritu.

Como quiera que sea -y llegando a la objetividad de los números- respecto del tema de la "sinodalidad" el semáforo no fue siempre un verde pleno. Como diciendo: todavía no estamos listos realmente para hacernos cargo del camino de la sinodalidad. Se se observa la votación final, todos los números que hablan o citan directamente la sinodalidad -por lo menos los 55. 118-127. 148.163-164 - tuvieron una media de una treintena de "non placet" sobre alrededor de 260 asistentes con derecho a voto, con el más alto voto negativo de 51 "non placet" en el número 121, no por nada titulado "la forma sinodal de la Iglesia". Es verdad que estos números nos deben hacer pensar que la Iglesia universal en un todo -y el episcopado de modo específico- no está todavía listo y deseoso de emprender el camino de la sinodalidad. ¿Miedo a una posible pérdida de poder? ¿Signo de un "clericalismo" que se resiste a morir? ¿Una lícita demanda de clarificación sobre el significado y los contenidos propios de la sinodalidad y de su ejercicio en el voto ordinario de la Iglesia? ¿Falta madurez respecto a los tiempos que estamos viviendo? Es difícil de decir con certeza qué hay detrás, pero las resistencias no faltan.

Seguramente no sólo es cuestión de los "algunos", esto es de la colegialidad episcopal y de sus colaboradores, los ministros ordenados. Tenemos que indagar en qué medida el pueblo de Dios en su conjunto, es decir los "todos", en la figura de los laicos -e incluso de los jóvenes- no se posicionan en la misma situación de perplejidad y retirada frente a la "sinodalidad", en realidad porque el mismo clericalismo es un juego en equipo, donde algunos se sienten patrones de todos y otros por comodidad o irresponsabilidad dejan hacer a los demás como si nada hubiera pasado.

Finalmente, incluso la cuestión del "uno", es decir del sucesor de Pedro. E incluso de su Curia, aquellos que son sus primeros y más cercanos colaboradores y que lo acompañan en en su ministerio nada sencillo. También un excesivo centralismo puede ser un impedimento y un freno al desarrollo de una verdadera cultura sinodal.

Tal vez hay dos categorías eclesiales que son más favorables y preparadas para la sinodalidad. Ciertamente las mujeres que han demostrado una particular atención a los temas de la comunión, del compartir y la corresponsabilidad, y se distinguieron en el recorrido sinodal por esta sensibilidad. Y además los consagrados y consagradas, que por su índole propia viven y trabajan en comunidad, juntos, tratando -con todos los trabajos duros y fracasos que viven - de brillar como "profetas de fraternidad" en la Iglesia y el mundo.

Ciertamente queremos una fe madura en todo el pueblo de Dios, en todos sus ministros, en el colegio episcopal y en la curia romana e incluso en el sucesor de Pedro. No estamos en las

condiciones ideales para desarrollar una “sinodalidad misionera” en la Iglesia, pero -ciertamente- el camino sinodal con y por los jóvenes que vivimos en los últimos 3 años nos ayuda a desatar algunos nudos, a asumir las condiciones espirituales y pastorales para un cambio de paso en todos los niveles y a entrever algunas luces fecundas de renovación. Sí, ha ayudado a comprender que éste es el camino que debemos seguir juntos.

(del DOSSIER Una Chiesa sinodale per la missione. Cammini di conversionale spirituali, formativi e pastorali)